

# EL MOTÍN

Año XXXVIII

Madrid, Jueves 10 de Octubre de 1918.

Número 34.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

### LA VOZ PROFETICA DE PI Y MARGALL

«Me dirijo á tí, República del Norte, desde una nación que te ultraja y te odia por creerte cómplice de los insurrectos de Cuba. Si respecto á Cuba de algo debiera yo acusarte, sería de haberte conducido sobradamente remisa y floja. Sacudiste el yugo de Inglaterra, parte por tu aturdimiento, parte por el apoyo que te dieron Francia y España; no puedes mirar indiferente a colonias que luchan por su independencia. Debes emplear en su favor tu influjo y tu espada, con más razón de lo que en tu pro lo hicieron apartadas naciones de Europa.

El humilde trabajo que te dedico lleva precisamente por objeto hacerte la libertadora de las gentes. No he encontrado entre las naciones del mundo otra que mejor pueda llenar fin tan augusto, y en ti he fijado mis ojos, cansados de ver la iniquidad triunfante: tenemos acá en Europa á la preclara Suiza, que aborrece la propia y la ajena servidumbre; pero es república que, por su posición y su fuerza, haría hace con defenderse de las vecinas potencias.

Te extrañará tal vez que te hable de emplear la voz encia. Soy enemigo de la guerra, pero más enemigo de la tiranía. Admito contra la tiranía la fuerza, y aun la aplaudo y santifico. No en honor de los Alejandro ni los César: entonces yo cánticos de alabanza jamás; en honor de hombres como Washington y Bolívar. Jamás he reconocido el derecho de conquista, y en los conquistados he reconocido siempre el de arrojar de su territorio á los invasores, aunque lo hayan ocupado siglos y lo hayan mejorado y ennoblecido. Todo pueblo que se alza por su perdida independencia, me merece por de pronto respeto y cariño; admiración y entusiasmo, si le veo luchar uno y otro día con fuerzas superiores y al fin vencedor. Digno y muy digno de apoyo es á mi juicio.

Otros son los sentimientos que hoy prevalecen; mas yo sobrepongo el de la humanidad al del patriotismo, y no tengo por patriótico defender mi patria á costa de la ajena. Quiera libres á los pueblos todos del orbe, y á todos enlazados por el vínculo del mutuo amor y de los comunes intereses.

Tú, República de los Estados Unidos, puedes hacer mucho por acercar este ideal remoto; por esto me dirijo á tí, y en ti pongo mi fe y mi esperanza.

En Europa no hay sino pueblos dominados. Sé tú el pueblo libertador, República de

Washington. Tú eres hoy la primera nación del mundo. Albergas en tu seno la humanidad entera: más de ocho millones de europeos más de siete millones de africanos, más de cien mil chinos, más de dos millones de ciudadanos de las demás repúblicas de América. En ti buscan remedio todos los oprimidos que lo sean por la tiranía y por el hombre.

Tú tienes templos para todas las religiones. Tú no distingues á los católicos de los protestantes, ni á los cristianos de los judíos, ni á los mormones de los budistas. Tú permites todos los cultos, y no tienes ni pagas ninguno.

Tú eres la libertad, tú la democracia. Tú defiendes la personalidad de todos los que se acogen á tu sombra: tú fuiste la primera en escribir los sagrados é imprescriptibles derechos del hombre. El año 1776, tres años antes de la Revolución francesa, los habías declarado ya en la Convención de Virginia. Tú has sido también la primera en abolir la esclavitud de los negros. Inglaterra se había limitado á prohibir la trata; tú redimiste de un golpe á todos los esclavos. Te costó una guerra y el sacrificio de uno de tus mejores hijos; pero tú venciste é imposibilitaste en el resto de América la servidumbre.

Tú respetas no sólo los derechos de los ciudadanos, sino también los de tus distintos pueblos. Has sabido realizar en tu organización el salvador principio de la unidad en la variedad, y podrás, aplicando y extendiendo tu sistema, unir las naciones todas de la tierra y hacer de la dispersa humanidad un sér orgánico.

¿Quién con más títulos ni más medios que tú para ser el portaestandarte del género humano? Eres poderosa; stréyete, y no habrá nación que deje ni haya dejado en la Historia páginas más brillantes que las tuyas. Por la redentora de las gentes te reconocerán las futuras generaciones.»

### Respuesta, no consejo

Sr. D. Andrés Gondelbeu.

Villarrodona

Muy Sr. mío y correligionario: Me dice usted en su carta fecha 1.º del actual, que se casó civilmente; que por esta causa sus padres y los de su esposa cortaron relaciones con usted; que tuvo que venirse á Madrid á ganarse la vida; que tiene dos hijos, hembra y varón, y no los ha bautizado contando hoy ella diez años y él siete; que retornó á su pueblo para explotar una pequeña tienda que sus padres, hoy muertos, le dejaron; que los clericales le declararon el boycott y se vió precisado á cerrarla; que ahora se encuentra sin medios de vida, y sólo le queda, para poder llevar pan á sus hijos, el de bautizarlos, pues así le dejan casa y le ofrecen parroquia; y acaba usted pidiéndome un consejo sobre lo que debe hacer.

Agradeciéndole que se haya dirigido á mí por saber que he de hablarle claramente, allá va mi respuesta, no mi consejo.

Si de arriba bajaran á las masas frecuentes ejemplos de respeto y fidelidad á las convicciones;

si la afirmación lanzada, el acto reali-

zado, ó la promesa hecha obligaran siempre á todos;

y si las intransigencias que imponen los ideales no se vieran sustituidas á menudo por provechosos acomodamientos...

Tenga usted la seguridad, correligionario, que no sería yo quien le dijera: «Bautice usted sus hijos si solamente de ese modo puede proporcionarles pan.»

Pero viendo lo que todos vemos, hombres en la altura que predicen ideas que no practican;

y que prometen lo que no cumplen; y que se van de la República á la Monarquía;

y que piensan en su medro antes que en el bien común;

Yo me consideraría también un embaucador, un farsante, un buscavidas y un miserable, si ante un padre que ve morir de hambre sus hijos por conservarse fiel á sus convicciones, me las echara de intransigente y le cerrara la única puerta que se le abre, diciéndole: «Por el dios debe sacrificarse todo: reposo, fortuna, vida.» Y yo no tengo derecho á ser intransigente en estos casos más que conmigo mismo.

Esta es mi respuesta, y clara y concreta cual deseaba recibirla:

«Bautice usted sus hijos.»

Y hágalo con la frente alta, no por el acto que realiza, sino por el sacrificio que se impone. Todo hombre que lleva á cabo alguno en favor de otro, queda honrado y enaltecido.

Y cuando contemple á sus hijos alimentándose con el pan que su sacrificio les lleve, considérese superior á cuantos medran realizando actos inconfesables alardeando de consecuentes.

Y si un día algún imbécil le censurase constétele usted:

«Si todos los republicanos hubiesen cumplido con su deber en la parte religiosa como yo lo cumplí, ni el clericalismo hubiera alcanzado el predominio que hoy tiene, ni se atrevería á molestar, perseguir y privar de medios de vida á los que fingen creencias que no tienen porque hoy las corrientes van por ahí.»

De usted atento servidor y correligionario,

JOSE NAKENS

### Una opinión

He aquí la que tiene hoy Marcelino Domingo de Alejandro Lerroux y Melquiades, según ha manifestado en una entrevista:

«Lerroux, que tiene tan admirables condiciones de luchador, tan poderosa inteligencia, que soy el primero en reconocer, permanece inactivo. Yo me figuro que gravita sobre él el peso muerto de la dirección de su partido en Barcelona. Lerroux, sin sus amigos de Barcelona, sin los quebraderos de cabeza que le proporcionan la indisciplina, las ambiciones y rozamientos de sus correligionarios, recobraría bríos anteriores; pero así le es imposible; está acordonado por ciertos amigos. Si, Lerroux, al contrario de lo que cree la



gente, en vez de ir a la flor, de dominar, es dominado y es fluido. Me figuro que está cansado de la política y odiado por otros asuntos. A guisa de semejanza me parece a Miquel de Alvaraz. En mi opinión, Miquel de Alvaraz es un gran espíritu liberal, democrático, amplio, que siente la política moderna, pero rodeado de un grupo de amigos excesivamente gubernamentales y conervadores, con todos los prejuicios y procedimientos de los viejos partidos españoles. El ambiente le ahoga y le desorienta, en un día de vagas promesas de poder. Algunos de sus religiosos le impulsan a entrar en la Monarquía, pensando en la posibilidad de vestir la capa ministerial. Estos apetitos desenfrenados han sido la muerte del reformismo. Como fuerza renovadora, el partido reformista es completamente tóxico.

Traslado a EL MOTIN esa opinión, para que no se me traspaale el recorte.

## Nueva arma ofensiva

Pues como íbamos diciendo, el capellán del Hospital General de Sevilla, D. José Cervantes, fué llamado a toda prisa la tarde del 26 del mes último para que administrase el viático y la extremaunción al enfermo Manuel Torres, que ocupaba la cama núm. 434 de la sala de San Clemente.

El enfermo, próximo a la agonía, es decir, no estando ya en sus cabales, parece que cometió alguna irreverencia o hizo algún gesto poco ortodoxo, y el sacerdote le dio con el crucifijo tal golpe en la cara, que le produjo una herida contusa, con hematomas en la región nasal derecha.

Los enfermos, al ver aquella nueva moda de dar la extremaunción, calcúlese cómo se pondrán; comenzaron a poner el grito en el cielo, sin aquietarse hasta que tomó el olivo el ministro del Señor.

El enfermero y el practicante avisaron al médico de guardia, quien corrió a curar al herido, dando parte después a la superioridad y el Juzgado.

En los muchos años, a Dios gracias, que llevo moraliizando al clero, han desfilado por las columnas de EL MOTIN curas soberbios, avariciosos, injuriosos, iracundos, glotonos, envidiosos y perezosos, es decir, provistos de todos los pecados capitales comunes a los hombres, y de tres o cuatro más de su especialidad; pues bien, lo juro sobre los santos evangelios: no había tropiezo hasta ahora con uno que intentara rematar con el crucifijo a un moribundo. Mas aún: ni se me había ocurrido nunca que tal pudiera ocurrir.

El caso es nuevo y originalísimo; sería insensatez negarlo; y habría que darle al autor la patente de invención si la pidiera.

Curas que abofetearan a los fieles en su casa, en la calle, en la iglesia, y que se bajaran del púlpito o se salieran del pabellón para lo mismo; y que en el campo y las poblaciones, con el fusil o el sable convirtieran a un vivo en muerto, los hubo siempre. Pero que en un hospital hirieran con un crucifijo a un moribundo, no quiero formarme la ilusión de que no haya habido ninguno.

Cualquiera que fuese el gesto que hiciera o la palabra que lanzase el enfermo en aquel instante, debió pasarlo por alto el ministro del que hasta en la cruz pronunció el fin de sus enemigos, aquel que perdonaos, Señor, que no saben lo que se hacen; del que compadeciese del desventurado que moría lejos de cuanto amara, rodeado de infelices como él, coreado por ayes inconsolables, respiraciones an-

gustosas, sollozos comprimidos, gritos de dolor y con su razón perturbada tal vez.

Se me pone carne de gallina al pensar en el terror que se apoderará de los enfermos de aquí al hospital cuando vean en adelante entrar a ese consuelo de afligidos en una Sala con el crucifijo en la mano. Perderán toda esperanza de salvarse, si tenían alguna. No se atreverán ni a respirar, no sea que lo tome por donde quema y les suelte un cristazo; ni a toser, no se le figure que le tosen a él; ni a rezar, no se le anteje que murmuran. Y el desgraciado a cuya cama se dirija, temblará como la hoja en el arbol y no sabrá discernir si el sudor que inunda su cuerpo es ya el de la muerte o el del miedo. ¡Visión horrible para él la de aquel padre de almas, si su estado mental le permite darse cuenta de su situación! Afortunadamente para él que se va, pocas veces los últimos momentos del hombre son lúcidos.

Supongo que no se pondrá en moda en los hospitales este novísimo sistema de aplicar el santo sacramento de la extremaunción; mas por si así fuere, se me ocurre este medio para impedir que la sangre de un moribundo pueda salpar el divino rostro del manso Cordero: construir exclusivamente para esas antecámaras de la tumba que la caridad ofrece a los naufragos de la vida, unos crucifijos de cauchout, ya que éstos, al caer sobre la fila del agonizante, sólo podrán causarle una ligera tumefacción.

Y no digo más, porque me horripila la idea de esa imagen del crucificado con la faz salpicada de sangre, habiendo El descendido a la Tierra para derramar toda la suya por todos los hombres, según aseguran los que dicen que entienden de esto.

## En confianza

¿Que por qué no combato a los monárquicos con el mismo empuño que pongo en advertir sus errores a los republicanos de cartel?

Por modestia. Estando a cargo de tan briosos campeones acabar con ellos, no sería pretensión risible en mí el suponer que necesitaban de mi ayuda para conseguirlo. Me expondría a que se me comparase con el perturbado que se presentara en estos momentos al general Foch con un revólver ofreciéndose a apagar el fuego de las ametralladoras alemanas.

La pulga de la fábula que se jactaba de librar al camello del peso de su carga excesiva, no quedó tan corrida al darle las gracias el favorecido, como quedaría yo si cualquiera de los esforzados paladines republicanos me dijese en tono irónico: «Gracias, señor elefante.»

Esto, y la monomanía que me entró hace años de que será difícilillo que las murallas de la plaza monárquica se derrumben a metrallazos de frases escritas o habladas, me ha hecho comprender que mi voz, por mucho que la esforzase, pasaría inadvertida en el formidable concierto de artículos demoleedores y discursos apocalípticos que vienen disparando día y noche contra los monárquicos los gigantes de la pluma y de la oratoria.

De modo que ya saben por qué no imito a los héroes de nuestra redención política: por modestia. Y además por temor a que crean que trato de arrebatársela gloria que han alcanzado ya. Y también por la seguridad que tengo de que se bastan y se sobran para traer la República cinco minutos antes de que el reloj de los tiempos marque la entrada del año 3000.

## Los clérigos-hombres

(APUNTES HISTÓRICOS)

En ley de verdad este artículo debió aparecer antes del publicado por nosotros en EL MOTIN con el título de *El clero y la libertad*. Extrájos de apuntes, y notis, que para tenernos reunidos, lo imitieron. Hoy que hemos llegado a reunir algunos, vamos a darle a la imprenta.

¡Clérigos hombres! Posiblemente no faltará algún lector que pregunte si el clérigo, por dedicarse a la Iglesia, ha dejado de ser hombre. En realidad no debiera ser así, pero la Iglesia se ha empeñado en que lo sea, desde hace muchos siglos, imponiéndole el celibato, y negándole las dulzuras de la familia y los nobles sentimientos de la paternidad. Y antes de proseguir queremos hacer constar, como lo hicimos en el anterior, que estos estudios no son artículos de coartación. Son únicamente apuntes de datos, tomadas de la Historia, sobre un punto que consideramos de la más alta importancia.

Parécenos que fué el primer Concilio de Nicea, por los años 325, el que impuso a los clérigos el celibato, sin fijar en que, habiendo sido casados los apóstoles, de los cuales puede asegurarse arranca la llamada casta sacerdotal, tal prohibición entrañaba a modo de una lección de moral por inferiores a los que la Iglesia reconoce por su predicación, su doctrina y sus martirios como superiores.

El sabio Pafnucio, obispo de la Alta Tebaida, protestó ante el octavo Concilio sosteniendo que el matrimonio era honroso, añadiendo, que una severidad tan grande, un celibatismo tan absoluto sería perjudicial a la Iglesia puesto que todos los hombres no son capaces de una tan gran continencia; opinión que produjo el mayor efecto por no ser Pafnucio casado, y tener fama de virtuoso, acordando dejar al clero, por entonces, en la más completa libertad. Prohibir a los clérigos el matrimonio valía tanto como prohibirles un imposible, que dejaban de ser hombres.

El Concilio de Toledo, del año 633 dirigido por San Isidro, dictó las más severas penas contra los clérigos que se casaban con mujeres públicas. Luego el matrimonio subsistía. Pasan siglos, y se ordena el celibato al clero porque según el ilustre jurisconsulto don Joaquín Escobedo, en su *Diccionario de Legislación y Jurisprudencia*, las mujeres reelegidas distraen más a los sacerdotes de sus obligaciones que las monjas, a las cuales se les permitía dejar cuando quisieran. Principio como puede observarse de lo más imoral, que venía a recaer sobre los hijos, seres inocentes sin padre ni hogar.

Don Alfonso el Sabio, por sus *Leyes de Partida*, prohibió a los clérigos las barraganas o concubinarias; llegando el Concilio de Valladolid de 1228 no sólo a excomulgarias, si que también a ordenar se les encerrara como a las bestias, prohibiendo a los clérigos que con ellas vivían dar nada al morir a los hijos nacidos de esta unión.

Y aquí es donde aparecen los que a nuestro juicio pueden y deben ser considerados como clérigos-hombres.

Los canónigos de Castorja se apremiaron a pedir al rey Don Alfonso la permitida legitimación a sus hijos, y declarar los capaces de heredar; siguió lo es los de Salamanca, y luego, los de Burgos, 1262 y 1270.

Vese, pues, que el triunfo de los celibatarios fué un triunfo a medias, y aún podíamos decir que una derrota, ya que no logra impedir que los sacerdotes vivieran mejor más o menos legítima, y que sus hijos fueran reconocidos aptos para heredar. Cambió el nombre, pero siguió la unión del sacerdote y la mujer. Desapareció el matrimonio, pero siguió el concubinato.

El tiempo pasaba y los celibatarios no lograban el triunfo de sus extrañas doctrinas, cuyos bex flojos para la Iglesia no afortunados a los fines. Los contrarios daban, y no les faltaba razón, que estos envidiosos que en nombre de la moral pretendían alijar al hombre de la mujer eran unos caros pasivos, y les señalaban la conducta del doctor



de la Iglesia, el sabio Orígenes, que para evitar sospechas en sus predicciones y en sus relaciones con las catecúmenas, realizó el acto heroico de su mutilación. Ahí tienen los celibatos—decían—, el ejemplo que imitar, ejemplo que ninguno de ellos se atrevió a seguir.

En Aragón, pueblo de las mayores libertades, en otros tiempos que el rey D. n. Martín, el año 1345, informó por el rumor público de que varios clérigos, así solteros como casados, ejercían a guisa de empleados o como casados, que no los ejercían y los casados laicos. Lo cual prueba que el matrimonio del clero se mantenía en Aragón públicamente.

Volva nos a la relación de los clérigos-hombres. El Cardenal Mendoza, llamado el Gran Cardenal de España, llevaba sus hijos a Palacio, y al besarlos decía la reina doña Isabel la Católica:

—«Estos son los lindos pecados del señor Cardenal». Es decir, que una de las reinas, una de las mujeres más castas y más virtuosas de España tenía que discurrir sus pensamientos y llamar lindos pecados a los hijos de su ministro, un hombre de tan alta valía y nobles sentimientos, que había fundado a sus expensas un Colegio para niños huérfanos en Valladolid y un Hospital para enfermos en Toledo, cuando tan fásico y tan injusto, y tan humano, había sido considerado a sus expensas los hijos de un clérigo y un hombre de tan grandes errores merecimientos.

El obispo de Burgos, don Luis Osorio, fué padre del famoso obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, uno de los señores principales de las Comunidades Castellanas el año 1500.

Recordando las frases del obispo de la Alta Tebaida en el primer Concilio de Nicea al oponerse al celibato del clérigo, porque no todos los hombres poseen una tan gran e y perfecta continencia, y a estudiar los datos que dejamos transcritos nos afirmamos en el elogio de esos clérigos hombres que sobreponiéndose a cánones, decretos y órdenes, tan contrarios a la naturaleza humana, no vacilaban en mostrarse contra todo y sobre todo hombres, elevándose a la más pura moral, no contentados con los hijos.

Terminamos.

Contando entre los sacerdotes con varios amigos que en el seno de la intimidad, siempre que hemos tratado este punto, se han doído de tan triste situación. No hacen muchos días que uno de ellos, padre de una hermosa joven, nos refería con lágrimas en los ojos el grave disgusto que había sufrido en el R. titio, al que acompañaba por precepción facultativa, teniendo que tolerar las trevidas miradas y las fúas palabras de los transeúntes que la suponían su amante resultando que donde había un verdadero padre aparecía un innob e querido, y donde había una virtuosa hij, aparecía una despreciable mancha.

Y he aquí que, cuando por los avances del progreso, empezamos que tales y tan graves sucesos desparcieran, nos encontramos con que, lejos de ser así, cada día son en número menor los que nosotros hemos llamado clérigos-hombres.

E. RODRIGUEZ SOLIS

## Triste, pero cierto

Dije hace tiempo:

«La mayor falta que puede cometerse en política es engañar al pueblo para elevarse».

De decirlo hoy, añadiría:

«Pero hay otra falta mayor: la de no cometer esa falta».

El Pueblo prefiere el engaño bien vestido a la verdad desnuda.

Y aun después de convencerse de que ha sido engañado, tarda mucho tiempo en decirse a arrojar por la borda al causante. En cambio se aparta inmediatamente del que le dice la verdad si ella le advierte sus errores ó no corea sus pasiones.

Sólo así se explica que ciertos hombres se eleven y adquieran influencia en los partidos populares.

## Uno de los que se van

Mi tío es un pobre anciano de escaso y blanco cabello, que encorbandando las espaldas inclina la frente al suelo.

Parece como que busca su vista en el pavimento la pobre porción de arena que ha de recubrir sus restos, pero aún guarda un alma joven su cuerpo débil decrepito.

Habládle de los motines, revueltas, pronunciamientos, ó de las deportaciones

en que ha comido el pan negro, y entonces se transfigura, sus ojos lanzan destellos,

y parece que recobra sangre, músculos y alientos, y con júbilo se acuerda de su juveniles tiempos,

cundo zurraba realistas, cuando asaltaba conventos, ó echaba por las ventanas

á los tres reverendos, á los tres reverendos,

«¿Qué habéis hecho, preguntaba ayer con furioso vértigo, que habéis hecho de la herencia que os dimos con mil esfuerzos?

Se vuelve a poblar España de infinitos monasterios que ni los González Bravo ni los Narvaéz consintieron.

O'Donnell, San Luis y muchos á quienes odié por neos, ganaban á liberales

á los que hoy pretenden serlo. ¿Cuándo, cómo, ni en qué forma

podrían en tiempo añjo restablecerse en mi patria los fraulunos semilleros?

¿Dónde están vuestras conquistas? ¿Dónde están vuestros progresos?

¿Dónde están las libertades de conciencia y de derecho? Teréis un tropel de obispos cobrando crecido sueldo,

y por si tenáis pocos creáis obispos nuevos. Desde Levante á Poniente,

de Cádiz al vasco suelo, toda España está poblada de iglesias y beaterios.

Se ve un fraile á cada paso, en cada calle diez clérigos; dhermanucos y hermanucas

hay enormes regimietos; es la oficial enseñanza un seminario modelo,

pués á merced de prelados están los docentes textos. En la más humilde aldea

el cura oprime al maestro, ejerciendo los oficios de jefe y censor supremo.

No hay hospitales sin curas, no hay un asilo benéfico en donde no predominen las tocas y los mantos.

Abundan las procesiones y católicos Congresos: el rosario de la aurora

vuelve á su antiguo apogeo. Ya los gusanos me esperan

en el sepulcro entreabierto, pero si no... ¡me moría tan sólo por no ver esto!—J. G. L.

## Buen ejemplar

Hace días publicó la Prensa de Madrid un telegrama diciendo que en el gobierno civil de la provincia de Guipúzcoa se tuvo noticia de que el duque de Almazán, huyendo de la epidemia allí reinante, había abandonado su chalet con su familia, dejando á la servidumbre enferma y sin amparo. El caso fué denunciado por la prensa.

La policía buscó al duque, y éste entregó cincuenta pesetas para los enfermos.

No sé qué admirar más; si el miedo de ese aristócrata, ó su desprecio á los que le servían, ó su tacañería.

Si bien no me extraño de nada de eso, teniendo en cuenta que es acendradamente católico.

## ¡Y no haberlo visto!

Murió un vecino de La Coruña; dió la hora en que debían acudir los curas al entierro, y no parcieron; esperar el acompañamiento largo rato, y ellos sin asomar; aguardó un largo rato más, é ídem ídem, y entonces los deudos del difunto decidieron llevarlo al cementerio sin acompañamiento eclesiástico.

A la mitad del camino algunos curas que regresaban del cementerio pretendieron agregarse á la comitiva; el público los abuchó, y con este motivo se produjo un gran jolín y dos ministros del Altísimo rodaron por el suelo.

El entierro siguió su ruta y el cadáver quedó depositado en el anfiteatro del cementerio.

¡Me horrochoizo sólo de pensarlo! ¡Dos sacerdotes rodando por el suelo!

¡Los cuerpos santificados aquella mañana al recibir el de Cristo y su sangre tumbarlos en tierra que acaso habría hollado antes con su pezuña algún animal inmundal!

¡Aquellas capas ó aquellas sotanas llenas de polvo ó de barro!

¡Aquellos sólidos sirviendo tal vez de accidental cobertura á algún escarabajo interrumpido en su alimenticia faena!

Todos esos cuadros se ofrecen á mi espíritu conturbado, y me hacen exclamar con voz quejumbrosa:

¡De qué buena gana hubiera presenciado el espectáculo, para tender mi mano á los caídos, y advertirles de paso que en adelante acudan á la hora debida á los entierros!

¡Qué remedio! ¡Paciencia! Otra vez será.

## Valores en circulación

El día 27 del pasado fué robada de la catedral donde había la imagen de la célebre Virgen de Kosen (Rusia), adornada con alhajas por valor de 250.000 rublos.

Lamento de todas veras no haber podido indignarme, por más esfuerzos que he hecho, al leer esa noticia.

Y si ustedes me guardasen el secreto, les diría que he sentido gran contento al pensar que han vuelto á ponerse en circulación unos valores que no contribuían á aliviar el hambre de los rusos.

Este detalle demuestra que sigo cada vez más apartado del camino que podía conducirme á la salvación eterna, lo cual me tiene un poquito disgustado.



## Alemania, Austria y Turquía piden un armisticio

### El principio del fin

«La Agencia telegráfica Suiza ha recibido de Viena un telegrama oficial diciendo que Alemania, Austria Hungría y Turquía han pedido un armisticio con objeto de negociar la paz sobre la base de las catorce proposiciones del presidente Wilson, de los cuatro puntos mencionados en su discurso de Febrero é igualmente sobre la base del discurso de Wilson del 27 de Septiembre último.»

### Las catorce condiciones de Wilson

He aquí las catorce condiciones propuestas por Wilson, como única fórmula posible de paz, en su memorable mensaje al Congreso de los Estados Unidos del 8 de Enero del presente año:

- 1.º Acuerdo de paz convenido abiertamente.
- 2.º Libertad de navegación en todos los mares fuera de las aguas territoriales, salvo el caso en que esos mares fueran cerrados por una acción territorial en ejecución de acuerdos internacionales.
- 3.º Supresión en cuanto sea posible de todas las barreras económicas.
- 4.º Reducción de los armamentos.
- 5.º Arreglo libre con un espíritu imparcial de las reivindicaciones coloniales, teniendo en cuenta los intereses de las poblaciones indígenas.
- 6.º Evacuación de todos los territorios rusos y arreglo de todas las cuestiones concernientes á Rusia, de manera á asegurar la mejor y más amplia cooperación de las otras naciones del Mundo, para facilitar á Rusia la ocasión de fijar su propio desarrollo político y nacional.
- 7.º Evacuación y restauración de Bélgica, sin ninguna tentativa de limitar la soberanía de que goza frente á las otras naciones libres.
- 8.º Deberá ser evacuado todo el territorio francés, y las partes invadidas deberán ser completamente restauradas.
- El perjuicio ocasionado á Francia por Prusia en 1871, en lo que se refiere á Alsacia y Lorena y que ha turbado la paz del Mundo durante cuarenta y tantos años, deberá ser reparado, á fin de que la paz pueda quedar asegurada en interés de todos.
- 9.º Nuevo arreglo de las fronteras italianas, siguiendo las líneas marcadas por las nacionalidades.
- 10.º A los pueblos de Austria Hungría, cuyo lugar entre las naciones quedará amparado, deberá dárseles ocasión de un desarrollo autónomo.
- 11.º Rumania, Serbia y Montenegro deberán ser evacuados. A Serbia se concederá libre acceso al mar. S.º dará á los Estados balcánicos garantías internacionales de independencia política y económica y de integridad territorial.
- 12.º Se garantizará la soberanía y seguridad al Imperio turco, pero deberá garantizarse también la seguridad á las nacionalidades que vivan actualmente bajo el régimen de este Imperio, y los Dardanelos constituirán un paso libre, abierto permanentemente, con garantías internacionales.
- 13.º Deberá constituirse un Estado polaco independiente, que comprenderá los territorios habitados por las naciones incontestablemente polacas, y á las cuales se garantizará un acceso libre por el mar. La independencia política y económica y la integridad territorial de estos pueblos, serán amparadas por una Convención internacional.
- 14.º Deberá formarse una Sociedad general de naciones en virtud de Convenios especiales que tendrán por objeto suministrar á garantías recíprocas de independencia política y territorial á todos los pequeños Estados.»

La Prensa francesa, inglesa é italiana juzga la petición de paz una maniobra de los imperios centrales.

De la norteamericana han llegado á la hora de cerrar este número, estos dos telegramas:

### New York Herald

Dice: «Rendición sin condiciones. Esa es la Nota de contestación. El presidente supo contestar á Austria, y del mismo modo sabrá contestar á Prusia.

El único acto alemán que puede inspirar confianza á los aliados, es la rendición sin condiciones. No habrá armisticio ni negociaciones de paz, mientras Alemania no haya ofrecido la rendición incondicional.»

### Tribuna de Chicago

Dice: «No hay más que una respuesta á esos ofrecimientos. Es la de que nuestros redoblados esfuerzos contra el enemigo, no se pueden contener ante meras palabras.»

Como la censura tacharía todos los comentarios que se me ocurren, me limito á decir:

Hago mía en todas sus partes la opinión de esos dos periódicos norteamericanos.

## Equivocación

La vi, y mi alma voló hacia ella, quedando abrasado en el fuego que despedían aquellos sus ojos tan negros, tan grandes, tan embriagadores...

No voy á describirla, ni podría aun cuando lo intentara. ¿Cómo definir lo que con nada puede compararse?

¿Quién me hubiera dicho que aquel sér ideal, aquella mujer formada con la esencia más pura de los sueños más sublimes de los poetas más inspirados, había de amargar mi existencia, destruir mis ilusiones, y...? Pero no anticipemos los acontecimientos.

Entraba ella en la iglesia cuando la vi, y seguía sin que mi voluntad tomara parte en el acto.

Prudentemente oculto tras un confesionario vacío estuve contemplándola durante la misa, que oyó con gran recogimiento, y perdonadme, espíritus fuertes que conserváis la calma hasta en los arrebatos de la pasión, tuve la debilidad de caer de rodillas, deslumbrado por la aureola de castidad y pureza que circundaba su frente, y hasta llegué á explicarme los arrobamientos del devoto.

¿Cuánto tiempo permanecí en aquella postura? Lo ignoro; sólo sé que al recobrar el dominio sobre mis sentidos no vi á la joven; que corrí desalentado hacia el altar de una capilla donde creí distinguirla, y que ¡oh decepción! no era ella... era una hermosísima imagen de Santa Cecilia.

Desde aquel día la busqué inútilmente por todas partes; en teatros, en paseos, en cuantos sitios visitan mujeres hermosas. ¿Cuántas horas pasé á la puerta de la iglesia, cuántas misas oí, qué de sermones escuché!

Me arrodillaba sobre la losa en que ella se arrodilló, cruzaba las manos como las cruzó ella, pedía al cielo que me concediese la dicha de verla siquiera un segundo... Todo en vano.

Vosotros los que hayáis amado sin esperanza, comprenderéis mi dolor.

El tiempo, cirujano del alma, que cicatriza las heridas pequeñas y gangrena las

grandes, pasaba sin apiadarse de mí, y la casualidad, Providencia de los enamorados, no se dignaba venir en mi ayuda.

Huía de las gentes, buscaba los sitios solitarios y tristes, y hallaba extraña y dolorosa complacencia en revolver el hierro que en mi corazón llevaba clavado.

¿Qué Amadis, ni qué Don Quijote, ni qué Abelardo, ni qué Marsilla! Mi pasión era más grande que las de todos esos célebres amantes juntos.

Un día, ¡quisiera borrarle de mi memoria! en que la ola de la tristeza me arrastró á las afueras de la población, fui á parar, sin saber cómo, á una casa de vacas que hay al final de la Castellana, y ¡cuál no sería mi sorpresa al ver sentado ante una mesa al ángel de mis sueños!

¡Oh deslumbramiento! No lo habrán sentido mayor los bienaventurados á quien la Virgen se le haya aparecido. Quedé mudo, suspeso, sin atreverme á avanzar ni retroceder... ¡Ella allí! ¡Oh! Ya podía morir. ¡La había visto!

Enajenado de gozo, di un paso para acercarme donde estaba, cuando se me anticipó un niño, en que no había reparado, el cual, con voz dulce y sonora, que resonó en mis oídos como la trompeta del juicio final sonará en el de los réprobos, le dijo:

—Mamá, papá dice que nos vayamos, porque tiene que salir ya á celebrar la misa.

Miro, y... ¡oh desventural, ¡oh desencanto!... ¡oh muerte!... El padre del hijo de mi ideal, que estaba sentado en un banco próximo, era... era... ¡valor!, era un cura.

¡Y muy gordol...  
¡Y muy groserol...—J. N.

Se confesaba un usurero.

—Hermano, díjole el sacerdote, hay que pedir perdón á Dios.

—¿De qué?

—De haber prestado al 9 por 100.

—¡Bah! El 9, visto desde arriba, hace el efecto de un 6.

Referían en una tertulia que cierto fogoso é insultante predicador jesuita había muerto envenenado por un descuido.

—Eso es que se habrá mordido la lengua, dijo uno de los contertulios.

—Pero hombre, le decían á un individuo; sabiendo que tu mujer es tan ligera de cascos, ¿cómo te has venido á la Corte dejándola sola en el pueblo?

—Ya he encargado al cura que la vigile.

—Bien; pero y al cura ¿quién lo vigila?

## Yo, hablando de mí Milagros comentados

JOSE NAKENS—DOS pesetas

## Cien sonetos

Precio: UNA peseta.

POR

JOSE NAKENS

IMPRENTA, MESÓN DE PAÑOS, 8